

“COMPRENDER ES MI ÚNICA PASIÓN”: JUNG Y SU DIAGNOSTICO PSIQUICO DE NUESTRA EPOCA

por HERBERT READ

Presidente del Instituto de Arte Contemporáneo de Londres

Un día que nos encontrábamos en su estudio, desde el que se contemplaba el lago de Zürich, pregunté a Jung cuál era cabalmente la finalidad del trabajo de su vida y su respuesta fue bien simple: “He procurado comprender . . . Comprender es mi única pasión. Quisiera ayudar a los hombres cuando sufren. Mas para ello hay que comprenderles”.

Ya de niño comprobó Jung que el mundo es oscuro e incomprensible: la realidad no coincidía con las explicaciones superficiales que le daban las personas mayores. Y encima estaba la oscuridad del pasado: una noche inmensa en la que habían vivido innumerables especies de seres humanos, dejando huellas que no ha descifrado nadie. Se propuso estudiar arqueología. Mas debía añadirse la oscuridad del lenguaje. Razas diversas, cada una con un lenguaje distinto, habían desaparecido y de sus huellas sólo quedaban amarillentos manuscritos, mutiladas inscripciones. Quiso estudiar filología. Pero allí estaba el misterio de la vida misma, el enigma de la evolución biológica del cuerpo humano, del espíritu humano. En esta última esfera se situaba el más oscuro de todos los misterios y sobre él se propuso concentrar, finalmente, toda su energía investigadora.

No puede sorprender que esta inclinación fuera en él algo propio y característico. A través de varias generaciones, tanto por la vía paterna como por la materna, sus antepasados habían sido, o bien teólogos que indagaban el misterio de la vida por la visión espiritual, o médicos que exploraban los enigmas del cuerpo. Su abuelo paterno, de origen alemán, había sido médico y poeta. Sus simpatías revolucionarias le obligaron a abandonar su patria. Arribó a Basilea con una recomendación del gran humanista Alexander von Humboldt. Llegó a ser profesor de anatomía en esta ciudad, fundando el primer sanatorio para dementes y la primera clínica para niños neuróticos. Se casó con una joven de vieja familia aristocrática, lo mismo que su hijo. Tenía cuatro años Jung cuando le llevaron a Basilea y fue la ciudad donde, por así decirlo, se entretajieron las dos líneas de su ascendencia. En Basilea fue a la escuela y en la Universidad terminó sus estudios de medicina. Había descubierto ya su especial inclinación, concentrándose en el aspecto psiquiátrico de la medicina. En 1900 fue nombrado ayudante del célebre psiquiatra Bleuler, que dirigía en Zürich el manicomio cantonal y la clínica psi-

quiátrica. Dos años más tarde publicó su tesis doctoral sobre la "Psicología y patología de los llamados fenómenos ocultos".

En este primer trabajo no sólo anticipa Jung algunos conceptos teóricos —volveremos sobre ellos—, se manifiestan en él igualmente dos rasgos característicos de su método, arriesgados en cuanto la elección de un tema (en este caso "lo oculto"), indica una preferencia personal del autor y su negativa a aceptar la corriente y errónea etiqueta propia de este tema. Para Jung los fenómenos sólo son ocultos de nombre, pero según su criterio se sitúan en la esfera del método científico, evidenciándose, por tal manera, como algo explicable y comprensible.

Empieza este ensayo con la consideración de aquellas formas de la histeria que adoptan el carácter del sonambulismo, pero el material más importante procede del análisis a que sometió Jung a una médium en los años 1899 y 1900. Era un caso rebosante de problemas psicológicos, incluso por su contenido, excedía en mucho lo que Jung era capaz entonces. La verdadera significación del trabajo reside en el hecho de que pone en tela de juicio las ideas corrientes de los métodos de trabajo en la esfera de lo psíquico.

El criterio de que una parte de la vida psíquica nos es desconocida al situarse bajo el estrato de lo consciente, no era nuevo, naturalmente. Como presentimiento se manifiesta en la filosofía griega y como idea le encontramos ya en Leibniz, en Kan, en Coleridge, en Hartmann, en Carus. Freud hizo de la idea un hecho demostrable y si bien Jung no conoció a Freud personalmente antes de 1906, había ya establecido cordial y fecunda relación desde el principio con el genial psicólogo y con su obra. La hipótesis de una subconsciencia dinámica es fundamental en este primer ensayo de Jung, pero avanza ya un paso allende la posición freudiana. Tras haber considerado las características esenciales del caso, de importancia para la comprensión de la estructura psíquica, añade la indicación de que deben ser mencionados "determinados factores concomitantes" que teme tropezarán seguramente con un escepticismo "no justificado" en los círculos científicos. Designa a este nuevo material "como trabajo creador complementario subconsciente", pretendiendo insinuar con esta expresión la posibilidad de que además de los resultados de la actividad subconsciente explicables por los corrientes procesos de asociación y el pasado del paciente, hay otros resultados (la lectura de números "con el pensamiento", por ejemplo) que se basan, dentro del subconsciente, en una receptividad mayor que cualquiera de las actividades espirituales conscientes que nos son conocidas.

Dicho brevemente: el subconsciente tiene posibilidades creadoras que rebasan las de lo consciente. Esta era la idea que acuciaba a Jung en la consideración de este caso cuando era un mozo de veinticuatro años y la obra de su vida ha consistido, en medida considerable, en el afianzamiento de estos tempranos conocimien-

tos intuitivos. A su enferma no le pudo explicar cómo había adquirido la esencia que yacía en su subconsciente. Pero fue capaz de descubrir, sin embargo, toda una serie de casos paralelos dispersos en fuentes ocultas y gnósticas en toda clase de obras de diversas épocas completamente inaccesibles para la paciente.

La obra de Freud se basa en un método científico limitado al principio de la causalidad. Quiere con ello decirse que cuanto acaece encuentra su explicación en anteriores causas y no es otra cosa que el resultado de estas causas. El mundo es un organismo que puede ser desarmado y sólo comprendemos cómo funciona separando sus partes y volviéndolas a juntar. Jung no rechaza el principio de la causalidad pero no le considera suficiente para explicar todos los hechos.

De acuerdo con su criterio vivimos y trabajamos día a día tanto según el principio de la finalidad como según el principio de la causalidad. Se tira de nosotros hacia adelante y nuestras acciones tienen significación e importancia para un futuro que no podemos prever y sólo cuando la suprema virtualidad del impulso se hace evidente podrán ser explicables. Con otras palabras: la vida tiene tanto una significación como una explicación. La importancia, la significación, no podremos descubrirlas nunca totalmente, pues es ampliada en forma constante por el proceso evolutivo.

¿Se trata de una actitud mística? En modo alguno. Jung diría que se trata sólo del reconocimiento de hechos objetivos, por incómodos que sean a espíritus formados en la disciplina de la lógica causal. Pero que se trata de "hechos", sin embargo. En este primer caso de histeria, observado rigurosamente, se evidenciaba ya que en la evolución de fantasías sistemáticas lo subconsciente obedece a determinados dechados, desconocidos para la conciencia en vigilia y que estos hechos no se infieren de las objetividades del caso, pero que, sin embargo, pueden relacionarse con dechados en la esfera de otros sistemas de pensamiento y de imagen. Esto significa que podría decirse que de lo subconsciente es peculiar una inclinación congénita, por decirlo así, en el sentido de la formación de símbolos específicos y que estos símbolos tendrían una significación allende lo puramente personal, es decir: una significación histórica, colectiva. Jung no era entonces capaz de decirnos cuál, todavía.

Estaba convencido, sin embargo, del valor positivo y suprapersonal del símbolo y puede verse que ya en esta temprana fase eligió un camino distinto al de Freud que en el símbolo veía simplemente la señal o alegoría de instintos sexuales primitivos del individuo. Según Freud, podrían, incluso deberían reducirse todos los símbolos a la acción de instintos biológicos (especialmente sexuales). Esto podrá explicarlo científicamente, nos dice Jung, pero "la causalidad es sólo un principio y la psicología no puede practicarse en forma total y única con métodos causales, al vivir el alma igualmente de finalidades". Si sabemos que no sólo de pan

vive el hombre, añade Jung que tampoco es producto exclusivo de la energía generada por deseos infantiles de placer o poder reprimidos. El hombre necesita también la esperanza y la esperanza o la fe en una vida con plenitud simbólica es una necesidad vital. Por ser una necesidad vital, lo subconsciente ha creado (durante incontables milenios) imágenes simbólicas o formas simbólicas del pensamiento que permiten expresarse a la esperanza y a la nostalgia de la humanidad. De aquí se infiere que el símbolo tiene una función evolutiva. La ulterior evolución del ser humano, nos dice Jung, sólo en virtud de símbolos puede hacerse realidad, símbolos que representan lo que aún se sitúa en un futuro lejano y cuya significación intelectual no puede ser todavía comprendida cabalmente. El subconsciente individual crea estos símbolos, que son de supremo valor para la evolución moral de la personalidad.

Llegamos, tal vez, a un concepto de la función que al sueño es atribuida en la psicología de Jung si consideramos el proceso en su integridad. Debemos, pues, imaginar un proceso único y continuo, de la universalidad y penetración de los procesos cósmicos o de la "naturaleza" y tan remoto como ellos a nuestras ideas humanas del espacio y el tiempo. Como individuos somos "vehículos" de esta fuerza: dependemos de ella de modo bastante parecido a como nuestro cuerpo depende del aire. Debemos mantenerla bajo presión, bajo una sensible envoltura, y sólo de esta envoltura tenemos normalmente conciencia y la mostramos a nuestros congéneres. Pero no debemos creer que nos bastamos a nosotros mismos y que somos seres exclusivamente personales. Se nos revela así en determinadas circunstancias de "distracción" (sueños diurnos, sueño, histeria, etc.) la fuerza subconsciente, y por cierto no como un patrimonio individual, sino como algo impersonal, incluso animal y primitivo. Llamamos un sueño a esta revelación y como tal no puede ser explicada con una psicología que sólo procede de la conciencia individual. Además lo que percibimos es sólo un presentimiento, pues el sueño se mantiene en el trasfondo y preside nuestra vida psíquica: "No soñamos... somos soñados". Nos sometemos al sueño, somos, en parte, creación de nuestros sueños y las criaturas no pueden comprender, en su total significación, el designio del creador. "El sueño es un mensaje misterioso del lado de noche de nuestra vida"... mensaje de la oscuridad en cuya elucidación nos esforzamos. Nunca es, como los freudianos pretenden persuadirnos, por completo racional, ni explicable por recurso a nuestros impulsos instintivos. Jung repite siempre que tiene una finalidad que no coincide necesariamente con los designios de la conciencia y la causalidad.

De aquí se sigue que no existen símbolos-standard para todos los sueños como en la psicología de Freud, pues el sentido del sueño será algo distinto para cada individuo y en cada situación. Existe siempre entre la situación consciente del que

sueña y su sueño una relación de complemento o de compensación y los sueños sólo se dejan interpretar si disponemos del necesario conocimiento de la situación. Es siempre útil cuando nos proponemos interpretar un sueño, dice Jung, preguntarnos "qué actitud consciente compensa". Hay un lenguaje de los sueños y tiene determinadas "raíces" en el pasado, pero sobre su base se ha formado un lenguaje rico en flexión, complejo y altamente desarrollado. La tarea de su interpretación es necesariamente difícil. Representa, no obstante, una parte esencial de la psicoterapéutica.

El sueño no es un acontecimiento aislado: participa en un constante proceso psíquico subconsciente que contingentemente interrumpimos y logramos hacerle aflorar a la conciencia. Por eso es importante interpretar los sueños de modo sucesivo, ya que entre sí se vinculan por subconscientes hilos de significación. Es el procedimiento que puede permitir al analítico, acaso, por la lectura en distintas fases, descubrir la confluencia en un punto determinado que se convierte en "centro de la significación". Una vez fijado este centro, se simplifica la tarea de la interpretación extraordinariamente.

Pero no totalmente. En el mencionado centro de significación puede esconderse un símbolo y Jung es demasiado cauto para atribuir a estos símbolos una simplista correspondencia en nuestra vida consciente. "El sueño habla en imágenes y da expresión a instintos que traen su origen de los más primitivos estratos de la naturaleza". Acaso no podamos traducir estas imágenes a nuestro intelectual y consciente lenguaje. Pero sí podemos reconocerlas como lo que son: como mensajes de un estrato psíquico distinto, y hacerlas nuestras y familiarizarnos con ellas. Les encontraremos pararelos en nuestros mitos y leyendas, incluso en la poesía popular y en el arte plástico. Tienen, a veces, la significación de fuerzas positivas, vitales, el poder de curar y fecundar. Pero son, a veces, fuerzas negativas de la auto-destrucción y la muerte.

Ciertamente Freud, hacia el fin de su vida, había empezado a hablar del legado arcaico del hombre, de tendencias heredadas de las que no podía librarse, de tempranas experiencias histórico-evolutivas, que en todo niño han de repetirse. Pero en Freud esta concesión no se apoyaba en la publicación de un material circunstanciado y es dudoso que hubiera otorgado nunca al subconsciente "las posibilidades de la sabiduría tal como a la conciencia le son por completo inaccesibles", ni aceptado que dispone "de la sabiduría de lapsos infinitos que han ido estratificándose en el curso de los tiempos y yace potencialmente en el espíritu humano". Le estaba reservado a Jung desarrollar una teoría de este orden, a la que ha llamado Teoría del Arquetipo. Una cierta elucidación de este concepto es premisa esencial de una exposición de su psicología.

Hemos visto que Jung, ya en su primer estudio sobre la historia de una enferma, llegó a la conclusión de que, en la evolución de sus fantasías, el subconsciente sigue, por así decirlo, viejas y trilladas sendas. Existe una especie de modelo preformado en el que la subconsciencia individual se vuelca como la masa en un molde. El arrobo, la rêverie, el proceso de la fábula, adquieren consistencia, se materializan, siguiendo determinadas líneas. A esta preformada impresión en lo subconsciente llama Jung arquetipo.

Deberá tenerse en cuenta que el arquetipo no es una imagen conclusa. Es simplemente una disposición o tendencia heredada para la creación de determinado tipo de imágenes, determinadas líneas de fuerza a las que se coordina lo subconsciente de modo "automático". Puede ocurrir que lo subconsciente se entregue "automáticamente" a determinados símbolos —la madre, el caballo, el falo, etc.— o también que sus construcciones dramáticas (nuestros sueños) sigan fórmulas cuya raíz se entierra en los viejos mitos. En todo caso el material obtenido en sus experiencias clínicas, así como en la literatura mística y religiosa, en la antropología, en el folklore, etc., le convenció de la existencia de estos modelos de la expresión simbólica, y en gran parte su obra consiste en el desarrollo y la reflexión sobre la base de esta hipótesis.

La división de la personalidad espiritual en dos fuerzas opuestas —la consciente y la subconsciente— responde a una polaridad que encontramos dondequiera en la naturaleza y en la historia: los campos electromagnéticos positivos y negativos, el sexo masculino y femenino, el bien y el mal, adonde volvamos la mirada tropezamos con duplicidades antagónicas. La dialéctica del proceso vital se basa en este hecho. Ahora bien, en nuestra vida consciente, práctica, procuramos ocultarlo. Nos presentamos a nosotros mismos como conscientemente indivisos: como pertenecientes a un solo sexo, y comúnmente, como exclusivamente llenos de buenos propósitos. Pero esta ilusión de unidad absoluta no responde a la realidad. La psicoterapéutica no sólo ha demostrado que nuestra psique está dividida en estratos o procesos opuestos entre sí: ha demostrado igualmente que este antagonismo se expresa de modo perceptible. Estos "modos de expresión" son los arquetipos, desconocidos y acaso incognoscibles en su existencia subconsciente. Sólo en cuanto determinan la forma que en lo consciente adoptan los acontecimientos, se hacen perceptibles.

El arquetipo es la imagen psíquica, el reflejo del sexo distinto que con variante intensidad llevamos todos en la subconsciencia. El hombre lleva consigo un "ánima", una imagen psíquica femenina, la mujer un "animus", una imagen psíquica masculina. "Todos llevan su Eva consigo", dice una vieja máxima alquimista. En la práctica, sin embargo, maniobramos la proyección externa de esta imagen, buscamos "la parte contraria" entre nuestros prójimos. ¡Y ay del hombre o la mujer

que elija al revés! “Esta imagen es un factor hereditario subconsciente de origen primordial, acuñado, impreso en el sistema vital de un hombre, un tipo (arquetipo) de todas las experiencias con seres femeninos en la remota cadena sexual del ser humano. Dicho brevemente: un sistema psíquico heredado de adaptación”. Jung avanzó un paso allende la psicología de su época al reconocer arquetipos en determinadas imágenes religiosas del pretérito, bosquejadas subconscientemente en ayuda de la psique que pugna por colmarse o totalizarse. El camino de retroceso a la integración, con su necesaria compensación con la psique colectiva, no es fácil y acaso nunca por completo seguro. Depende de un factor que Jung no ha vacilado en llamar “moral”: del reconocimiento de una tendencia vital y de una cierta fidelidad consigo mismo. “Ser analizado” no significa, en sí, curación. Amenaza ahí la ilusión, el fraude consigo mismo y la oportunidad para los charlatanes. Jung es siempre severo con sus pacientes. No les promete librarles de sus neurosis, ni conjurar el estigma de sus malos sueños, ni siquiera curarles de sus complejos. Todo lo contrario, el paciente debe aprender a observar estos síntomas él mismo, aprender a leer un barómetro psíquico, siempre que quiera conocer su clima psíquico realmente. El arte —y la salud es un arte— está en esta lectura, en esta sabiduría “atmosférica”.

Esta concepción de la psique humana ha maniobrado reacciones en la filosofía, especialmente en la filosofía política. Jung subraya con reiteración que la reintegración es un proceso individual: es cuestión personal de cada uno el problema de salvar su alma, su psique. Su diagnosis de nuestra época, sin embargo, conduce a determinadas conclusiones de naturaleza política y Jung no ha vacilado en expresarlas. “Vivimos en tiempos de gran desgarramiento”, ha dicho, “se han desatado pasiones políticas, revueltas interiores han llevado a las naciones al borde del caos y han hecho conmoveer los fundamentos de nuestra concepción del mundo. Esta crítica situación de las cosas revela un influjo tan enorme sobre la vida psíquica del individuo que el médico debe observar sus efectos sobre la psique individual con una atención mayor que la hasta corriente. La borrasca de los acontecimientos de esta hora no sólo se abate sobre él desde la anchura del mundo exterior: hace sentir la dureza de su golpe en el sosiego de su clínica y en la intimidad de la consulta médica... Si pretendiera mantenerse alejado de toda esta agitación, sólo en la distancia y en vaga forma le rozaría la maldición de su época y los trastornos de sus pacientes no encontrarían el oído atento, ni encontrarían comprensión”.

Como es bien sabido, Freud veía el futuro de la humanidad con absoluto pesimismo. El instinto de la muerte nos impulsa y el único fin es la universal destrucción de la vida. Jung no coincide con él. La subconsciencia, nos dice, no cree en la muerte. Hay un libido, un general apremio de vivir. Puede quebrarse en di-

sensión, al punto de trabajar contra sí mismo. Pero fundamentalmente busca fluir hacia adelante y ganar en fuerza y en intensidad. Este rasgo fundamental del libido nos permite esperar que, antes de que sea demasiado tarde, la humanidad reconozca la amenaza de su existencia. Debemos arriesgarnos a la esperanza y el coraje, de hacerlo nos abrirá camino más que la esperanza misma.

ARTIFICIAL DRAMATIZACION DE LA VIDA

“Vivimos en una época de medios perfectos y metas borrosas. Los medios técnicos y los medios para la superación de la miseria material son perfectos. ¿Pero a dónde vamos a parar con estos medios? La seguridad y el confort de la vida sólo tienen seducción para el primer instante. El aburrimiento delata en seguida que el aparato en funcionamiento mueve algo que no sabemos lo que es. Se quiere *más* que la perfección del aparato. Ahora bien, este saber sobre el más y este querer el más, a su vez, no se manifiestan en el problema religioso que indaga el sentido. Se manifiestan sólo en la protesta contra la insuficiente perfección de los medios, cuya avidez no se satisface y en el intento de procurarse la artificial dramatización de una vida que se considera insoportable como mero vegetar en medio de cien formas de seguridad y atención”.

(Citado por el profesor Helmut Thieliicke, de la Universidad de Hamburgo)

ALBERT EINSTEIN